

gia y sin exponer sus cuerpos al menor peligro».

En todas esas manifestaciones lo que más claramente se nota es cómo reacciona el espíritu social del bienestar público amenazado... Es una reacción tan enérgica de la fuerza vital del organismo todo, que garantiza a las claras, su supervivencia final.

Sólo en los organismos débiles los catarrros se convierten en neumonías fatales. La sociedad como el individuo, cuando es robusta, puede «enquistar», como dicen los médicos, a los agentes morbosos (así sean agentes de la Comisión Agraria), al Capitalismo de igual manera que al radicalismo, a un Harriman o a un Schwab, lo mismo que a un Soto y Gama trasconejado.

Nueva York con sus autoridades municipales se apercebe y se defenderá como lo harán todas las demás ciudades de la Unión.

Millares de automóviles y de camiones suplirán a los trenes para acarrear los artículos de primera necesidad.

La leche para alimentar a los niños y a los enfermos, vendrá de las alturas, como en alas de los ángeles, pues la traerán flotillas de aeroplanos...

Pero entretanto el Invierno se acerca con sus nevascas y sus «chomages», que agravan miserias y desamparos.

La opinión pública identificada con el bienestar de todos, prefiere que pierdan los accionistas ferrocarrileros y no que el hambre haga sucumbir a los trabajadores.

Y esa poderosa opinión pública hará encontrar al Gobierno la acción armoniosamente evolutiva, que determine el equilibrio. Lloyd George ha dicho palabras de justicia acogidas aquí con simpatía: «Inglaterra no permitirá que ninguno de sus súbditos perezca por miseria»...

Entretanto, como un ejemplo y un mudo reproche, para los torpes acumuladores de fortunas, que por faltos de ciencia están provocando catástrofes, se levanta allá en Detroit la figura admirable y venerable de Henry Ford...!

El no es por cierto, un ciego y egoísta acumulador de riquezas!

«En derredor de un rico hay muchos pobres», decía el viejo pesimismo... pero en torno de Henry Ford, todo el mundo prospera!

He allí a un productor de riqueza que científicamente se ha elevado hasta la filantropía, que facilitando a todos la manera mejor para resolver su bienestar, es, en cierto modo un «partero de almas», un Platón desconcertante de este país pragmático, donde la Mayéutica puede considerarse como una aplicación de las finanzas.

Henry Ford en sus ferrocarriles, ha resuelto ya el problema que en estos

momentos estudian sin poder resolver el Capital, el Trabajo, el Gobierno y la Opinión!

Henry Ford, a la vez que ha bajado las tarifas, ha aumentado los salarios en su sistema ferrocarrilero!

He allí un financiero cuyo genio le está dando visos de Apóstol; un producto humano modernísimo, que trayendo en la mano un Evangelio donde sólo hay números, va asumiendo los caracteres del super-hombre.

Es como un Mesías que está revolucionando armoniosamente al Mundo y cuya acción parece estar encamina-

da a resolver los sombríos problemas del Capital y el Trabajo, aniquilando a un tiempo al monstruo plutócrata y a la bestia radical, pues su genio financiero no está introvertido en insaciable egoísmo, sino animado de fuerza centrífuga tal, que ya se vislumbra como posible, el sueño de la Riqueza derramada como inextinguible cornucopia, sobre toda la tierra, sobre todos los hombres, como el sol!

Nueva York, Noviembre de 1921.

(Excelsior. México D. F.)



LOS CUATRO

Por AMANDA LABARCA H.

ESTOS eran cuatro ladrones. Se llamaban Pedro, Daniel, Juan y Ramón. No habían nacido de la misma madre, pero eran como hermanos, porque desde una vez que se encontraron en la patente de Misía Carmen y se contaron los cuatro sus grandes aventuras, se juraron amistad. Juntos andaban por los caminos y juntos entraban a los poblados en busca de hombres a quienes robar y de mujeres que seducir. Jamás se vio caso de que ninguno de ellos riñera con el otro: se tenían grandes consideraciones y cada uno decía a quien le quería oír, que sus compañeros eran los más hábiles ladrones de la comarca. Así fué como los demás del oficio les cobraron ojeriza, les envidiaron, les odiaron, lo que alzó más su orgullo, porque entonces comprendieron mejor su fuerza. Desafiaban a los guardias y a los campesinos: cada uno tenía en las haciendas cercanas un refugio desconocido al que llevar a los demás en caso de peligro; pero esto no sucedió jamás, pues eran valientes y audaces como nadie. Y vivían felices.

Eran cuatro. Pedro, el mayor, en los momentos de ataques era el capitán, a quien los otros tres obedecían ciegamente, pues habían probado su sagacidad. Daniel era callado, apacible en el reposo e intrépido en el combate. Juan, hosco y recio, gustaba de las palabras que golpean como latigazos. Ramón, el menor, alegre y dicharachero, animaba a los otros en las largas esperas, contando aventuras heroicas de los Pincheiras y los Falca-

tos, a veces de él mismo, y aunque solían no creerle, a todos embelesaba su labia y su chiste.

Eran cuatro, y una vez que un mocetón fué a pedirles que le dejaran asentarse con ellos para seguir sus aventuras o ser su sirviente, unánimemente dijeron que no. Nadie merecía juntarse con ellos, ni tenían necesidad de nadie.

Mas sucedió que un día Pedro dijo:

—Hoy he visto en la Placilla una muchacha que me ha gustado más que todas las otras juntas.

—Te la vamos a buscar, respondieron en coro los tres.

—No; no me gusta lo mismo que las demás. Quiero que sea mi mujer.

Los otros se miraron sorprendidos; ninguno se atrevió a decir palabra por no turbar su amistad, pero dentro de su corazón cada cual protestó.

Tiempo después, la Mena llegó al campamento. No era bonita; sólo tenía como todas las mujeres de la tierra, unos ojazos negros que echaban chispas.

Cada uno se preguntó que habría podido gustarle a Pedro de esta mujer: no era hermosa: ni tenía lindo cuerpo, ni parecía buena para nada; sin embargo, Pedro la quería y ella también a él.

Dijo Pedro:

—Filomena, estos tres son Daniel, Juan y Ramón, no nos criaron los mismos pechos, pero somos hermanos.

—Y tú serás la hermana de los tres, contestaron.

—Sí—dijo ella—seré la hermana de